

"Yo leo por legítima defensa". Elogio de la lectura.

Así se expresaba una vez el famoso director de cine y escritor norteamericano Woody Allen (1935-). Me ha parecido una afirmación oportuna, ahora que quien más quien menos va a hacer algún o algunos días de viaje o de vacaciones. Por eso, quisiera ofrecerles una reflexión sobre la lectura o, más concretamente, sobre el libro.



El libro es un amigo especial. No se pone furioso si a un cierto momento lo tiras a un rincón murmurando: “¡No me gusta! ¡No vale la pena! ¡Tiempo perdido!”. Ahí se queda disponible, por si cambias de parecer. No sonrío ni se enorgullece, si le alabas. No se siente molesto si le haces un tatuaje, ¡perdón!, si lo subrayas o escribes una palabra o una frase al borde del texto o pintas un monigote. Le duele, pero se calla, si le arrancas una hoja. No se vuelve medio ciego cuando lo deslumbras con los flashes de la fotocopidora. Es paciente, no se cansa de esperarte, ni se pone de mal humor si lo olvidas. Disimula, pero se siente –a su manera- halagado, cuando lo aconsejas a un amigo y luego se lo pasas. Se siente feliz a su manera cuando, ante las dificultades de la vida, su lectura te concede un momento de serenidad, te arranca una sonrisa o te conmueve... Y, cuando ya viejo y usado, lo echas a la basura, lo acepta resignado, esperando reencarnarse –posiblemente ampliado y mejorado- en una segunda edición.

Dado el período del año en que vivimos en el hemisferio norte, ciertamente al libro le gusta venir de vacaciones contigo; y puedes estar seguro de que no se va a sentir molesto si lo medio quema el sol de la montaña o lo ensucia la arena de la playa...

Ha sido tenido siempre en mucha consideración. Basta ver qué han dicho de él los grandes pensadores y aquella filosofía en pastillas, fruto de larga experiencia del pueblo, que son los refranes y proverbios:

- Ser como un libro desencuadernado (perderse al hablar).
- Hablar como un libro (hablar muy bien).
- Tener las letras más gordas que un libro de coro (ser muy estúpido).
- Un libro abierto es un cerebro que habla; cerrado, un amigo que espera; olvidado, un alma que perdona; destruido un corazón que llora (proverbio hindú).
- No hay libro tan malo que no tenga algo bueno (frase atribuida a Plinio el Mayor, 23/24-79 dC).
- La lectura es a la inteligencia lo que el ejercicio al cuerpo (Richard Steele, 1672-1729, escritor).
- La lectura hace al hombre completo; la conversación, ágil, y el escribir, preciso (Francis Bacon, 1561-1626, filósofo).
- En muchas ocasiones la lectura de un libro ha hecho la fortuna de un hombre, decidiendo el curso de su vida (Ralph Waldo Emerson, 1803-1882, escritor).
- La lectura es como el alimento; el provecho no está en proporción de lo que se come, sino de lo que se digiere (Jaime Balmes, 1810-1848, filósofo).
- Guárdate del hombre de un solo libro (Benjamín Disraeli, 1804-1881, novelista).
- El lector puede ser considerado el personaje principal de la novela, en igualdad con el autor; sin él, no se hace nada (Elsa Triolet, 1896-1970, escritora).
- La lectura de un libro es un diálogo incesante en que el libro habla y el alma contesta (André Maurois, 1885-1967, novelista).
- Donde se quiere a los libros, se quiere a los hombres (Heinrich Heine, 1797-1856, poeta).
- “Yo soy los libros que he leído” (José Luis Borges, 1899-1980, poeta y narrador)...

Pero, hoy día hay quien dice que el libro ya está superado, pasó a la historia, al menos el libro tal como lo hemos conocido nosotros; que lo mejor es la relación. Decía Raymond Klibansky (1905-2005): “Aunque sean necesarios, los libros no hablan solos”; es decir, los libros son necesarios, pero no pueden suplantar la necesidad fundamental de relación humana, sino en todo caso enriquecerla. De ahí lo que Ermanno Olmi, director de cine, hacía decir a un personaje, en el film “Cien clavos” (2007): “Todos los libros del mundo no valen un café con un amigo”. No era contrario a los libros, sino en favor de la relación humana: los libros son instrumentos en favor del hombre, no un fin en sí mismos. Quien sólo lee libros (ciertos intelectuales o personajes –piénsese en el Quijote-) corre el peligro de vivir en un mundo irreal, no hecho de personas.

Lo que pasa hoy día es que estamos entrando en lo que podríamos llamar la cuarta revolución en la historia del libro. La primera fue cuando la humanidad pasó de lo oral a lo escrito en tabillas o esculpido en piedras o grabado en la piel de animales; la segunda, cuando pasó del rollo de papiro a los incunables, al libro escrito a mano; la tercera, la revolución de Gutenberg (1394/99-1468) con la imprenta. Hoy estamos entrando rápidamente en la cuarta: del libro impreso al electrónico, a la era del “e-book” y de los libros “en red”, del CD-ROM visualizado en la pantalla del ordenador cada vez más sofisticado. Y ya estamos pasando del CD al MP3, al... Las bibliotecas se transforman, se amplían; pero, no desaparecen, sino que se enriquecen. De ahí que esto no significa que el libro impreso vaya a desaparecer. Es verdad que de momento el ordenador portátil puede competir con el libro impreso en

cuanto a facilidad de uso y portabilidad; pero, si se va la corriente o el motor (web) se estropea..., el libro “clásico” está ahí, tranquilo, esperándonos; tiene una “flexibilidad” única: se puede leer sin corriente eléctrica, basta una vela o un mínimo de luz solar; se puede leer sumergidos en la bañera hasta el cuello, sentados o tumbados de lado en la cama o en un prado verde..., y él sigue contándonos acerca del pasado, del presente y del futuro, de fantasías, belleza o preguntas fundamentales. Y, cuando nos cansamos de él, no hace falta apagar nada: basta dejarlo a un lado, siempre dispuesto a que lo cojamos de nuevo en nuestras manos y lo abramos en cualquier punto deseado.

En fin, así como los filmes no han suprimido los cuadros, ni la televisión el cine, tampoco el libro electrónico suprimirá el libro de papel. El libro puede y debe evolucionar; pero, la humanidad ya no puede prescindir de él, como no puede prescindir de la cuchara, el martillo, la rueda o las tijeras, desde que se inventaron. Y cuando la humanidad ha prohibido libros o quemado bibliotecas, no ha hecho más que suicidar su inteligencia y su imaginación, su libertad; por algo ha sido éste un “deporte” de todo régimen dictatorial... (¿Recuerdan el film “Fahrenheit 451?”).

Y pienso que lo que más enorgullece a todo libro es que la Palabra de Dios se haya expresado de mil maneras en un libro sin título, mejor dicho, no le hemos encontrado mejor título que el de “Biblia”: palabra griega que significa simplemente “libros”. Es ya lo sumo: no perderse en títulos que puedan despistar o engañar, resultar ridículos o incomprensibles; no, para el libro de Dios la humanidad no ha encontrado un título más digno y expresivo que el de “el” libro por excelencia, “los” libros. El título más simple e inconfundible. Efectivamente, en cualquier librería o biblioteca del planeta, si tú pides la “Biblia”, todo el mundo sabe a qué libro te refieres y dónde se encuentra. Un libro, la Biblia, que ha vivido y sobrevivido a las cuatro revoluciones: nació cuando para escribir se usaban tablillas de arcilla, luego rollos, siglos más tarde se convirtió en un libro encuadernado. Hoy la revolución está en que al papel se le sustituye con la pantalla y los caracteres impresos con “bits”; en que para “colgar” o “descolgar” un texto, una imagen..., no hace falta ir a “perder tiempo” en una biblioteca o a gastar dinero comprándolo en un quiosco o librería: basta encender el ordenador y entrar en el mundo infinito de Internet. Dios se ha acomodado, inculturado, computerizado... Ahí está Él, como siempre, esperándonos, en la forma que deseemos; porque Su Palabra es vieja y nueva, nació en el pasado, vive en el presente, nos esperará también en el futuro..., ¡ténganlo por cierto!

Volviendo a lo que decíamos al principio, en estas próximas semanas habrá quien, como el conocido tenor Andrea Bocelli (1958-; que ha vendido hasta ahora setenta millones de discos), ha dicho que aprovechará estas vacaciones para dar un concierto en favor de los huérfanos del terremoto de Haití. Dicho sea de paso, Andrea es aquél que nació dos veces –como dice él- porque, cuando su madre estaba encinta, el médico le dijo que el niño iba a nacer con algún defecto grave (efectivamente, nació ciego para siempre); pero ella decidió no abortar. Los demás probablemente no vamos a dar ningún concierto...; nos contentaremos con hacer un poco de bien, descansar, relacionarnos, leer algún libro y (¿por qué no?) tararear alguna canción, como la tan conocida de Bocelli: “Con te partirò”:

¡Felices vacaciones..., aunque sean muy cortas! ¡Ah..., y no se olviden de llevarse el libro!

J. Rovira cmf.

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/yo-leo-por-legitima-defensa-elogio-de-la-lectura